

¿Por Qué Tantos Cristianos Apoyan a Israel?

Por José T. Guerra - 3 de septiembre de 2014



Los recientes bombardeos de Israel contra Gaza en represalia por los cohetes disparados en su contra por los militantes palestinos de Hamás han dejado como resultado, según la Oficina para la Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas, más de 2.100 palestinos muertos, siendo cerca de un 70% civiles, incluyendo un gran número de mujeres y niños. De la parte israelí, el número de fatalidades fue de 67 soldados y 5 civiles. Todo esto sin contar la gran destrucción de casas, edificios y una buena parte de la infraestructura de Gaza además del daño psicológico que ha sufrido una gran parte de la población. Algunos calculan que tomará unos 20 a 30 años para la reconstrucción de Gaza. Afortunadamente en estos días ha habido un cese de las hostilidades y se ha permitido la entrada de ayuda humanitaria a la franja de Gaza.

Me llama mucho la atención que siempre que ha habido estos intercambios bélicos entre Israel y los palestinos, muchos cristianos y cristianas, aun personas decentes y pensantes que no justificarían actos de destrucción y violencia en otros lugares, le dan todo su apoyo incondicional a Israel. Ahí no les importa cuántos niños, mujeres y ancianos sean muertos o masacrados por el ejército israelí. Aunque unos cuantos se hacen los de la vista gorda ante tales atrocidades, otros abiertamente apoyan todo lo que haga Israel.

¿A qué se debe esta dualidad? ¿Por qué justifican y aprueban aun crímenes de lesa humanidad cuando se trata de Israel? Creo que la respuesta se encuentra en una errónea aplicación de las promesas hechas al Israel de los tiempos bíblicos al moderno Estado de Israel, creado en 1948 por resolución de las Naciones Unidas, con el apoyo especialmente de Estados Unidos, Gran Bretaña y otras naciones europeas. Poniendo a un lado serios principios de interpretación bíblica, estos creyentes dan por sentado que el Israel de hoy sigue siendo el pueblo favorito de Dios y por lo tanto, creen equivocadamente que todo lo que el gobierno de Israel haga con sus vecinos palestinos tiene la bendición de Dios.

Una importantísima regla para entender la Biblia desde el punto de vista cristiano es que el Nuevo Testamento interpreta el Antiguo Testamento. En base a esta regla fundamental los cristianos concluyen que muchos de los rituales y mandatos dados al antiguo Israel como la observancia de días sagrados, abstinencia de ciertos alimentos, así como la práctica de rituales como la circuncisión, por sólo mencionar algunos, ya no son obligatorios para ellos. (Gálatas 2:14-17; Efesios 2:14-16). Pero ¿qué de las promesas hechas en el Antiguo Testamento de que los israelitas serían una gran nación que heredaría la tierra de Canaán y que aplastaría a sus enemigos?

Esta promesa la encontramos casi al principio de la Biblia y es repetida en los libros proféticos. Dios prometió darle a Abraham y a sus descendientes la tierra de Canaán: “A ti y a tu descendencia les daré en posesión perpetua, toda la tierra de Canaán...” (Génesis 17:8). Canaán era el nombre antiguo que se le dio al territorio ocupado hoy por Israel y los palestinos. La promesa inclusive era que los israelitas llegarían a ser dueños de toda la tierra desde el río Éufrates hasta el mar Mediterráneo: “Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los heteos hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio” (Josué 1:4). Esta promesa, sin embargo, estaba condicionada a la obediencia: “Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán... Así como Jehová se gozaba en haceros bien y en multiplicaros, así se gozará Jehová en arruinaros y en destruirlos; y seréis arrancados de sobre la tierra a la cual entráis para tomar posesión de ella.” (Deuteronomio 28:15,63).

La historia de los israelitas en el Antiguo Testamento es una historia mayormente de desobediencia a los mandatos de Dios. Por eso, de acuerdo con los escritores bíblicos, ellos sufrieron calamidades y penurias, y fueron expulsados de su tierra en varias ocasiones. El reino del norte llamado Israel, cuya capital era Samaria, fue conquistado y destruido por los asirios en 722 AC mientras que el reino del sur llamado Judá sufrió la misma suerte a manos de los babilonios en 586 AC y sus líderes fueron desterrados. Aunque, gracias al decreto del rey persa Ciro en 538 AC, muchos judíos regresaron a su tierra años más tarde, nunca más surgieron como reino independiente. En los siglos siguientes fueron dominados por los reyes seléucidas y luego por los romanos. En el año 70 de la era cristiana, después de una rebelión contra los romanos, el templo y Jerusalén fueron destruidos y aunque la ciudad volvió a ser reconstruida, en el año 135 DC, después de otra rebelión bajo un líder mesiánico llamado Simón Bar Koziba o Barcokebas, muchos líderes de la rebelión fueron ejecutados y otros expulsados, y el nombre de Jerusalén fue cambiado a “Aelia Capitolina” por los romanos.

El Nuevo Testamento afirma que los judíos rechazaron a Cristo como el Mesías: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). Por tal motivo, los cristianos desde el principio concluyeron que los judíos habían dejado de ser el pueblo especial de Dios. En la parábola de los labradores malvados (Lucas 20:9-18; Marcos 12:1-11; Mateo 21:33-34) Jesús ilustró claramente que por rechazar y matar al hijo del dueño de la viña, la viña sería dada a otros. Puesto que la viña era un símbolo del pueblo de Israel (Isaías 5:7), que fuera dada a otros significaba que al rechazar a Cristo dejaba de ser el pueblo favorito de Dios. Pero ¿qué en cuanto a las promesas que se le hicieron al antiguo Israel? Esas promesas, dicen los autores del Nuevo Testamento, fueron cumplidas en Cristo. Así lo dijo Pablo al predicar en una sinagoga en Antioquía de

Pisidia: “Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús...” (Hechos 13:32,33). Para los cristianos, por lo tanto, Cristo fue el cumplimiento de todas las promesas hechas a Israel. “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice; Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3:16).

De ahí que, en varias partes del Nuevo Testamento, la iglesia cristiana y los creyentes son llamados el nuevo Israel. Los hijos de Dios ya no son los descendientes naturales de Abraham sino los creyentes. Pablo, por ejemplo, escribe en su carta a los romanos: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra...” (Romanos 2:28,29). Aun en esos capítulos cruciales del 9 al 11 en su carta a los romanos, donde Pablo agoniza sobre la situación de los judíos al rechazar a Cristo, él afirma: “No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (Romanos 9:6-8). Y el apóstol Pedro, escribiendo a creyentes cristianos, les dice: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios...” (1 Pedro 2:9,10). Todos estos calificativos que se aplicaban al antiguo Israel ahora son aplicados a la iglesia cristiana.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta nueva lectura de la Biblia? Primero, reconocer que el Israel moderno es simplemente una nación como las demás naciones del mundo sin privilegios o bendiciones especiales. Como tal, debe someterse a las mismas leyes que rigen la convivencia internacional, y si las viola debe ser juzgado como cualquier otra nación o régimen. Segundo, como cristianos, nuestra actitud hacia las atrocidades y masacres que cometa cualquier gobierno o gobernante debe ser de repudio y rechazo, levantando nuestra voz ante la injusticia y el crimen. Y finalmente, de acuerdo con los principios enseñados por Cristo, debemos sentir intensa compasión por los sufrientes y en cuanto nos sea posible, hacer algo para auxiliar y defender a las víctimas de tales actos inhumanos. Sin duda alguna, la pregunta que cada cristiano debiera hacerse siempre es: ¿Qué haría Cristo en mi lugar?

jsguerra@hotmail.com